

Sancho Dávila y la anexión
de Portugal
(1580)

POR

ENRIQUE MARTINEZ RUIZ

Sancho Dávila es uno de los personajes de nuestro heroico siglo XVI que más injustamente ha pasado desapercibido. Varias pueden ser las causas de este olvido: luchar siempre al lado del Duque de Alba y de otros grandes generales descendientes de las casas más aristocráticas de Castilla; la gran abundancia de buenos militares que hay en su siglo; no pertenecer a la más alta nobleza... Sea por lo que fuere, Dávila ha permanecido hasta hoy en una discretísima segunda fila, a pesar de tener cualidades militares que nos permiten parangonarlo con el Duque de Alba, su maestro y amigo; Alejandro Farnesio, don Luis de Requesens, el Marqués de Pescara, Antonio de Leiva, etc.

Sancho Dávila nace el 21 de septiembre de 1523, en la ciudad de Avila, en el seno de una familia de hidalgos castellanos. Su niñez transcurrió en el lugar de nacimiento, entregado a los juegos propios de la edad, pero mostrando ya inclinación por la milicia, pues gustaba de jugar a los soldados y hacer «juguetes de pólvora, y espadas de palo, enojándose cuando se los quitaban y apartaban¹». Cuando llegó el momento de atender a su educación, Sancho empezó el camino de las letras y de la Iglesia, en la que Negó a recibir las Ordenes Menores. Marchó a Roma a completar su formación, pero ésta resultó radicalmente cambiada; un «astrólogo» le dijo que siguiese «la Milicia, en que saldría un consumadísimo Capitán²». Su natural inclinación por las armas, su temperamento e incluso esta recomendación, hecha en un tiempo en que los adivinos aún tenían mucho ascendiente, hacen que Sancho Dávila cambie pronto los libros latinos por la espada y el hábito por el peto.

(1) DAVILA Y SAN VÍTORES, J. M.: *El Rayo de la Guerra: Hechos de Sancho Dávila, sucesos de aquéllos tiempos*, Valladolid, 1713, pág. 2.

(2) DAVILA ; op. cit., pág. 3.

Empieza su carrera militar sirviendo a destacados capitanes en el ejército del Emperador Carlos V; su inquietud y ansia de aventuras se verán satisfechas por los alicientes del combate, en el cual destaca por su valor denodado, pero no temerario. La primera gran empresa en la que interviene es la campaña de Mühlberg, dejando constancia de su intervención en el paso del río Älhis, cuando a los imperiales les faltaban barcas para terminar su puente flotante y Dávila con otros arcabuceros atraviesa el río a nado y arrebatan al ejército de la Liga de Smalkalda las barcas que necesitaban, entre un verdadero diluvio de balas. Finalizada victoriosamente la campaña en Mühlberg, el próximo escenario de nuestro personaje será el Mediterráneo³.

Figura en la expedición que Juan Vega, Virrey de Sicilia, D. García de Toledo, hijo del virrey de Nápoles, Cosme de Medicis y Muley Hassan, rey destronado de Túnez, hicieron contra Mahdia, plaza del N. de Africa. El asedio dura desde el 28 de junio hasta el 10 de septiembre de 1550. Dragut acudió en defensa de los sitiados. Sancho Dávila y una parte de los expedicionarios atacan por mar, pegando sus naves a las murallas y trepan hasta las almenas. Sancho y Hernando de Toledo fueron los primeros en subir; la resistencia de la ciudad se desmorona ante esta acometida y otra simultánea que se hace por tierra.

Después de esta acción, Dávila vuelve a Italia y en la primavera de 1554 está en España; una agitación desconocida sacude las tierras gallegas porque en sus puertos se están reuniendo los efectivos y el séquito que acompañarán al Príncipe Felipe a Inglaterra, donde el futuro Felipe II va a casarse con María Tudor. Sancho Dávila irá a la Gran Bretaña formando parte del acompañamiento del hijo del Emperador. El deseo de evitar complicaciones mueve a Felipe a ordenar no desembarquen los hombres de armas que le acompañaron desde España. Los cuatro mil soldados del Tercio Viejo con enviados a Italia; Sancho vuelve, pues, al Mediterráneo⁴.

(3) MIRAFLORES, Marqués de: *Vida del general español D. Sancho Dávila y Daza, conocido en el siglo XVI con el nombre de El Rayo de la Guerra, precedida de una hojeada (sic) histórico-crítica de las tres cuestiones político religiosas y sociales iniciadas en dicho siglo*, Madrid; 1857, Sigue, en realidad, a San Vitores con adiciones del CoDoIn.

(4) FERNANDEZ Y FERNANDEZ DE RETANA, Luis : *España en tiempos de Felipe II (1556-1598)*, Madrid, 1958 : es el t. XIX de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal; págs. 343-344. Expone detalladamente el séquito del Príncipe y los preparativos del viaje.

Su nueva acción de guerra es la que se desarrolla por la desavenencia de Enrique II y el Papa con Felipe II. Es éste un momento crucial para su carrera militar; al parecer era ya capitán⁵ y bajo las órdenes directas del Duque de Alba, el admirado maestro, que lo toma bajo su especial protección. La campaña con sus alternativas transcurre y acaba victoriosamente para Alba, que entra triunfal en Roma el 19 de septiembre de 1557. Tras un corto período de descanso, Sancho se enrola en la expedición del Duque de Medinaceli, Gobernador de Milán, contra Djerba. La plaza cae en su poder, pero infructuosamente, pues la presencia de la flota turca desconcertó a los cristianos, que emprenden una retirada muy precipitada y sin ningún orden, quedando muchos prisioneros. Entre éstos estaba don Alvaro de Sande y Sancho Dávila, quienes remarán en las galeras turcas hasta que son rescatados, lo que ocurre pronto y tras ésto regresan a España.

En Castilla recibe la orden de inspeccionar los presidios del reino de Valencia. Recorre nuestro capitán la costa en barco y visita detenidamente cada una de las fortalezas, haciendo al mismo tiempo un juicio valorativo de su emplazamiento. A su mirada perspicaz no escapan las condiciones estratégicas que reunía el promontorio de Bernia, hoy Verdiola (Alicante) y notifica los beneficios que reportaría un bastión allí, que se construirá después y pasaría a ser uno de los castillos salvaguardia de la costa mediterránea española; la fortaleza no entró en servicio hasta 1570.

El 24 de diciembre de 1562 es una fecha clave para nuestro hombre, pues marca el comienzo de la ascensión de Sancho en la carrera militar. En esta fecha recibe el nombramiento de Castellano de Pavía. Dicho nombramiento figura en un despacho del rey, en el que dice éste que de los hombres que recuerda «la virtud, prudencia, experiencia y no vulgares servicios, algunos en cosas de Carlos V y otros con él», de nuestro caballero le hace ser el más indicado para ello⁶. Dávila no tiene más remedio que obedecer, porque su co-

(5) Davila y San Vitores así lo afirma y alude a un documento de Felipe II fechado en 15 de julio de 1561; pero el dato no concuerda exactamente con otro de 6 de febrero de 1562, que aparece en el tomo XXXI del CoDoIn, del cual se deduce que Sancho Dávila mandaba ya, hombres en esta campaña. O San Vitores confunde las fechas o no comunica con precisión cuándo ascendió a capitán.

(6) El despacho con el nombramiento en latín. Vid, CoDoIn, t. XXX, Madrid, 1857.

razón era más para el dilatado espacio de la campaña que para encerrarse en el breve recinto de las murallas⁷». Este nombramiento se completa con el de Capitán de Infantería; un documento de 6 de febrero de 1563 dice que hay una cédula a favor de Sancho Dávila para que se asiente en los libros su título de Capitán ordinario de infantería, no embargante (sic) que se ha pasado el año en que se debía hacer» y «no embargante que no residió en corte el tiempo que de el dicho año era obligado»; en dicha cédula está el juramento del cargo que Sancho hace y se dice, además, que se le ha de pagar desde el 15 de julio de 1561⁸.

De Pavía a Amberes

En Pavía permanece Sancho Dávila hasta que marcha a Italia el Duque de Alba. Los acontecimientos en estos años van a precipitarse. Flandes ofrece un cuadro violento de luchas y motines ciudadanos. Margarita, la Gobernadora, está desbordada; Guillermo de Orange, el cabecilla rebelde, en plena actividad para conseguir sus fines; Felipe II sin saber qué partido tomar, pero decidido a no moverse de España, resuelve al fin enviar al Duque de Alba con un ejército para meter en cintura a los rebeldes por la vía rápida y solucionar los problemas flamencos.

Alba sale el 15 de abril de 1567 de Madrid para Cartagena; de aquí embarca para Génova, donde llega el 17 de mayo. Cuando desembarca, el ejército que había de mandar ya se estaba reuniendo bajo los auspicios del Duque de Alburquerque, gobernador de Milán a la sazón. En la relación de los efectivos del «felicísimo ejército⁹» figura «Sancho Dávila, capitán de las guardas del Duque, con cien lanzas y cincuenta arcabuces». Compañeros de armas suyos serán, en esta ocasión, Julián Romero y Cristóbal de Mondragón; los tres caminarían hacia el escenario más trepidante de su existencia; su actividad en él será destacadísima y se les conocerá por sus contemporáneos como la Trinidad de Flandes. El difícil camino que les llevaría a Bruselas, el Camino Imperial, había sido cuidadosamente pensado. Se deja atrás Saboya, se cruza Borgoña y se pasa Lorena: Acampan en Thionville, muy cerca de Luxemburgo. Las próximas an-

(7) D. Y SAN VÍTORES, op. cit., pág. 18.

(8) CoDoln; t. XXX; pág. 15.

(9) Vid, GaDoln, t. IV, Madrid, 1842; págs. 381-384.

daduras ya son por tierra flamenca. La impresión y el temor por la llegada de Alba corren parejos por el país. Don Fernando Alvarez de Toledo entra en Bruselas el 22 de agosto de 1567; cerca de él cabalga Sancho Dávila.

El enérgico mandato del Duque de Alba se abría. El Tribunal de los Tumultos comienza a funcionar. Jerónimo de Salinas prende al Conde de Horn y Sancho Dávila con algunos de sus hombres, entre los que iba don Bernardino de Mendoza¹⁰, a Egmont. Las ejecuciones comienzan en junio de 1568 y poco después: la guerra.

Orange desde Alemania, donde había huido, preparaba la ofensiva; surgen pequeños grupos de guerrillas, que se refugian en bosques y pantanos, les gueux des boss, que comenten tropelías contra todos, sin distinción de nacionalidades. Luis de Nassau es convencido por su hermano Guillermo de Orange y se pone al frente de los rebeldes en Flandes; un ejército bajo su mando entra en los Países Bajos. Juan de Montigny, lugarteniente de Hoogstraten y señor de Villiers entra por Juliers. Sancho de Londoño y Sancho Dávila le salen al paso; éste logra desarticularlo por completo en la batalla que se da en las proximidades de Daelhem y se continúa en los fosos de esta ciudad. Las marchas forzadas a que somete Sancho a sus hombres y sus fantásticas cabalgadas en plena acción nos permiten calificar a Dávila como el Centauro de Flandes¹¹.

Después de esta batalla, Sancho Dávila se dirige a Bruselas, donde recibe el cargo de Castellano de la Ciudadela de Amberes. El Duque comunica esta decisión a Madrid y justifica su nombramiento diciendo que Sancho «es uno de los hombres más de servicio de todos cuantos V. Md. tiene en la nación; y si para la guardia de aquel castillo hubiere de pedir a un hombre con las cualidades que para ello se requieren, V. Md. crea que no pudiera pintar más a propósito de lo que él es¹²».

Poco después, Luis de Nassau, tras derrotar a Aremberg, cerca Frisia, defendida por el Conde de Meghe. Alba, ante estas noticias

(10) MENDOZA. Bernardino de: *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Payses Baxos desde el año 1567 hasta el de 1577*, Madrid, 1592. El mismo precisa esta intervención entre los primeros momentos del Duque de Alba, Vid. libro II, cap. VI y ss.

(11) Vid. desarrollo de la batalla en CoDoln, ts. XXX y XXXI, págs. 438 y ss. y 235 y ss., respectivamente.

(12) Carta a Felipe II en 25 de Septiembre de 1570. Alba, Duque de: *Epistolario del tercer Duque de Alba*, Madrid, 1952., t. II,

decide ponerse al frente de las tropas. La batalla comienza en las proximidades de Groninga. La derrota llega para el rebelde precedida de encuentros entre diques y canales, por entre los cuales se mueve con soltura Sancho Dávila, siendo, una vez más, elemento fundamental en la acción. Más tarde combatirán en el Brabante cerrando el paso al ejército de Guillermo, que intenta la penetración en Flandes. Su intento resulta estéril y se hace la calma.

No obstante, la política de Alba ha entrado en crisis y se ve que él no será el hombre que resuelva el problema flamenco. Se le anuncia el relevo y que su sucesor será el Duque de Medinaceli, quien llega a Flandes cuando la guerra había rebrotado. Sancho Dávila combatirá ahora en Middelburgo y, sobre todo, en Ramua, donde recibirá oficialmente su sobrenombre de Rayo de la Guerra. Mientras se acerca Harlem y Mons, Sancho avitualla y organiza la flota: una faceta nueva en su múltiple personalidad. Con los barcos realiza unas expediciones a ciudades amenazadas, aunque no tiene la misma fortuna que en tierra: no es derrotado, pero tampoco obtiene el tipo de victoria, demoledora y total, que él acostumbra. Vuelve a combatir en tierra, en Brabante, en acciones de poca envergadura, pero vitales para el mantenimiento del cerco de Harlem y cumplió las órdenes del Duque de Alba tan satisfactoriamente como siempre. El 17 de noviembre de 1573 llegó el sucesor de Alba en la gobernación de los Países Bajos: don Luis de Requesens. Medinaceli salió para Italia con Alba.

Bajo las órdenes de Requesens, Dávila sigue coleccionando victorias. Resonante será la que obtenga en Moock, donde muere Luis de Nassau, general del ejército rebelde. Encuentro este significativo en la vida de Dávila, pues actuó como jefe indiscutido de toda la fuerza castellana y venció a un ejército superior en efectivos. Desde entonces será el apoyo militar más seguro con que cuente don Luis de Requesens en Flandes. La primera mitad del año 1574 nos muestra un Sancho Dávila hábil y diplomático, enérgico y escurridizo, con motivo del Gran *Motín* de las tropas españolas faltas de paga, El Rayo de la Guerra logra hacer razonar a los amotinados y les hace aguardar el dinero castellano, dinero que por fin reúne don Luis causándose a sí mismo la ruina. Fue este motín el más grande de cuantos sucedieron en los Países Bajos; el mismo Sancho se vio en una situación apuradísima, pues hubo amotinados en la ciudadela encomendada a su custodia, caso verdaderamente insólito, dado que los



Sancho Dávila

españoles nunca se amotinaban estando destinados como guarnición de un castillo¹³. Es por esto el hecho más singular del siglo XVI, probablemente, en su aspecto militar. El motín dura hasta el 24 de mayo.

Después de estos desórdenes y mientras la guerra sigue, Sancho Dávila vuelve al mar. Corría el año 1575, y combatirá en la costa de Philipsland y Duiveland; los seis fortines de esta última cayeron en poder español; el Rayo de la Guerra con Osorio de Ulloa cercan Bomenee y el 30 de octubre la toman.

El 9 de marzo de 1576 escribe Sancho Dávila a Felipe II diciéndole que se ha enterado de la muerte del Comendador de Castilla, ocurrida el 6 del mismo mes. La muerte de don Luis de Requesens convertirá a Sancho Dávila en el oficial más caracterizado de Flandes, pese a que don Luis dejó como sucesor a Berlaymont, para asuntos civiles, y a Mansfeld, para asuntos militares; ninguno de los dos fue obedecido. Los Países Bajos caminaban hacia un caos total, caos en el que todo se sume menos Sancho Dávila, que es el único en mantener serena la cabeza para nunca perder la dirección en la alocada coyuntura que se avecinaba. Será el hombre fuerte de Flandes.

De Amberes a Granada

Sin hacer caso del testamento de Requesens, el Consejo de Estado reclamó y se hizo con el poder; Felipe II lo confirmó oficialmente y pide a Sancho Dávila que obedezca a dicho organismo¹⁴. Las tropas españolas instintivamente empiezan a reunirse, pero sin perder su levantisca actitud por falta de pagas. Viendo el cariz que tomaba la situación, Sancho Dávila decide actuar al margen del Consejo en defensa de los intereses de su rey. Tomó medidas en la ciudadela para controlar la entrada y salida de Amberes; poco después abandona su castillo a fin de ayudar a Mondragón en la toma de Zierikzee, que ofrecía una tenaz resistencia, pero ha de regresar ante la llamada del Consejo, Zierikzee capituló el 2 de julio de 1576 y las tropas se amotinaron al finalizar la campaña; los amotinados se apoderaron de Alost, plaza fuerte bastante sólida, mientras en el mar la supremacía es de los rebeldes, pues la flota real estaba inactiva.

(13) MENDOZA: op. cit., libro XII, fol. 246 vt.º.

(14) Carta fechada en Madrid a 3 de abril de 1576, CoDoIn, t XXXI, págs. 43-44.

Las relaciones de Sancho con el Consejo han ido de mal en peor y aquél piensa en llevar todas las cosas al terreno de la fuerza. Las tropas españolas se concentran sobre Amberes; la alteración en el país sigue creciendo.

Dávila justifica ante el Consejo la concentración, ordenada por él, de todas las tropas españolas sobre Amberes en una serie de cartas que muestran el carácter firme y decidido de nuestro personaje y la política débil y fluctuante del organismo rector de Flandes en aquellas circunstancias. El Consejo se desprestigia por sus medidas ante todos los soldados y Sancho Dávila es reconocido por todos como cabeza rectora, «como persona de quien cuelgan las cosas destes Estados¹⁵». Cuando la situación es más confusa, llega como un rayo de luz y esperanza la noticia de que don Juan de Austria será el sucesor de Requesens. Pero antes de que llegue, Sancho Dávila realizará su última campaña en Flandes.

El señor de Clymes, con mil infantes y quinientos caballos sale de Bruselas buscando españoles que desbaratar, pero él fue el desbaratado. En algunas ciudades se registran también disturbios y tras varias tentativas, los rebeldes comprenden que si quieren triunfar tienen que acabar con la ciudadela de Amberes y su Castellano; por ello, Federico Perrenot, señor de Champagney, hermano del Cardenal Granvela y odiado por Sancho Dávila, inicia el asedio. Son doce o catorce mil hombres frente a cuatro mil subordinados del Castellano, contando a los amotinados de Alost y otros españoles, que corrieron a la fortaleza cuando supieron la amenaza que sobre ella se cernía. Todo termina con una salida de los españoles que desarticula completamente a los sitiadores, los cuales huyen a la ciudad y sus habitantes los ocultan, lo que provoca el saqueo de Amberes por las tropas españolas, sin pagas como castigo a la ayuda prestada a los rebeldes y para ver de llenar sus vacías bolsas.

Poco después, don Juan de Austria al frente del gobierno de Flandes negocia el Edicto Perpetuo de Marche-en-Fammene, que recogía entre otras cosas, la evacuación de Flandes por parte de todas las tropas españolas; Sancho Dávila recibió este acuerdo malamente pues sabía que la situación era muy distinta a la que don Juan se

(15) Carta a Sancho Dávila de Juan Martínez de Cortabitarte, CoDoIn, t. XXXI, págs. 121-122.

imaginaba. El Rayo de la Guerra tiene que salir, como antes Alba, hacia Italia; al despedirse en Maestricht del hermano natural de Felipe II, le dice: «V. A. nos hace salir de Flandes; acuérdesse bien que bien pronto se verá obligado a llamarnos¹⁶». Sus palabras resultaron proféticas; los tercios volvieron, pero Sancho, no¹⁷.

El 6 de abril de 1577 el rey escribe al Marqués de Ayamonte, gobernador de Milán para que diga a los jefes de las tropas que llegan de Flandes, entre ellos, lógicamente, Sancho Dávila, «lo que habéis de hacer llegado que seáis al dicho Estado. Yo os encargo y mando que le obedezcáis [al Marqués] y hagáis lo que él os ordenare, que yo quedo mirando en lo que os toca, y brevemente le mandaré avisar de lo que habéis de hacer¹⁸». A Felipe II se le hace evidente la necesidad de recompensar o, al menos, emplear adecuadamente a estos hombres que llegan de los Países Bajos. Las mayores dificultades se las plantean Sancho Dávila y Julián Romero con el coronel Mondragón. El rey espera resolverlas en una carta en la que dice: «Cuanto al particular de las cabezas de dicha gente, me he resuelto de proveer a Sancho Dávila el cargo de Alejandría, y al maestre de campo Julián Romero el de Carmona, y así podréis vos decir al uno y al otro, a cada uno de por sí, cómo les he hecho merced de los dichos cargos por la mucha satisfacción que tengo de sus personas y servicios», pero piensa que Mondragón no quedaría muy conforme al ver recompensados sus dos camaradas y él no; por eso, añade el Rey poco más abajo «...no quedará acomodado el dicho coronel Mondragón, vos le diréis de mi parte... que yo quedo mirando en lo que toca a su particular, y le mandaré avisar brevemente de la resolución, que tomaré¹⁹.» También, Felipe advierte al Gobernador de Milán que planteé la cuestión a Sancho Dávila como si fuera cosa posible, para sondear su estado de ánimo; si se negase, el cargo de Alejandría sería para Romero y el de Carmona para Mondragón. De la aceptación de Sancho dependía, pues, el destino inmediato de sus compañeros y

(16) MIRAFLORES: op. cit., pág. 230.

(17) Hemos creído imprescindible hacer esta semblanza de Sancho Dávila para conocer un poco su personalidad y hoja de servicios, que nos ayudarán a verlo en la conquista de Portugal como un soldado experto y avezado en todas las lides. Nuestra Memoria de Licenciatura, *Vida y Hazañas de Sancho Dávila en Flandes*, presentada en Granada en 1967, analiza detalladamente estos hechos.

(18) Vid. CoDoIn, t. XXXI; págs. 153-154.

(19) Carta al Marqués de Ayamonte de 3 de mayo de 1577, CoDoIn, t. XXXI, págs. 154-155,

la desaparición de algunos problemas para Felipe II, quien escribe al ex-Castellano de Amberes pidiéndole que obedezca en todo al Marqués de Ayamonte y dándole las gracias por sus servicios.

Pero Sancho Dávila no quedó muy conforme, según comunica el Gobernador de Milán a su rey en una carta fechada el 5 de julio de 1577: «Sancho Dávila responde lo que V. M. mandará ver por ese memorial; y aunque él estima en mucho la merced que V. M. le hace, como por él parece no resuelve hasta haber besado a V. M. las manos y significane sus servicios y algunas otras pretensiones que tiene. De todos entiendo que es hombre benemérito y de mucho servicio, pues concurren en él ánimo y discreción, y ha mostrado ser esto así por muchas pruebas. De las que yo he tratado con él quedó muy satisfecho, porque me da muy buena razón de lo pasado y discurre muy bien en lo que se puede esperar en lo porvenir de aquellos países²⁰». Dentro de la carta estaba el memorial citado, en el cual el Rayo de la Guerra agradece lo de Alejandría, pero pide venir a la Corte. El tono no es muy correcto y el Marqués de Ayamonte sale en su ayuda escribiendo a Antonio Pérez para decirle que es necesario recompensar a estos soldados que vienen de Flandes y que es «menester perdonar a los que han servido mucho si no guardan en todo el término que se conviene, mayormente a los soldados que cumpliendo con el pelear se les puede pasar que falten con la cortesía²¹».

Sancho Dávila obtiene por fin la licencia para pasar a España y abandona definitivamente Italia; faltaba poco para que acometiese su última empresa de armas: la Conquista de Portugal. A principios de septiembre está ya en Madrid y el 4 escribe a su Rey: «Cuando V. Md. fue servido darme licencia para que le besase los pies, le dije la causa de mi venida en estos reinos y juntamente le di a V. Md. una carta del Sr. don Joan, por la cuál habrá visto más particularmente lo que he servido. Suplico a V. Md. humildemente sirva hacerme merced y recompensar lo quel Sr. D. Joan me mandó dejar en aquellos estados por orden de V. Md., porque yo no tengo otra hacienda para sustentarme sino esto, y la merced que espero de V Md. por ello, y los servicios tan grandes y tan continuos que le tengo hechos, siendo servido tomar resolución con la brevedad que

(20) Las palabras subrayadas lo están en el original y al margen tienen con letra del Rey «OJO», vm. CoDoln, t. XXXI, pág. 157.

(21) CoDoln, t. XXXI, págs. 159-160. Carta die 8 de julio de 1577.

mi necesidad pide y merece la liberalidad con que dejé todo cuanto tenía en la tierra, siguiendo la voluntad y mandamiento de V. Md.²²».

La carta nos muestra el Sancho Dávila de siempre; seguro de sí mismo y consciente de lo que suponen sus servicios, por eso pide sin rodeos y pide, no como merced graciosa, sino como recompensa, como justo pago a sus trabajos, en él la palabra merced está siempre unida a la de servicios. No comprende cómo se retrasa tanto la resolución a su petición. Llega, por fin, el 29 de octubre de 1578 su nombramiento como Capitán General de la costa del reino de Granada, cargo que dejó D. Francisco de Córdoba. Se le autoriza a gastar doscientos ducados en correos y se le fija como sueldo dos mil ducados al año²³, Pero su memorial y las peticiones del hábito de Santiago quedarán sin resolverse. Por ello, un nuevo memorial saldrá de la pluma de Sancho Dávila pidiendo a su Rey que le premie, pues de lo contrario no le «bastaría el ánimo a acertar a servir a S. M. en este cargo, ni en otro ninguno de guerra, porque entendería que me faltaría la spada y ventura en todo... si es servido [S. M.], iré luego a Granada; mas con prosupuesto (sic) que S. M. desde luego mande pensar y proveer el cargo a quién fuere servido, porque en él, ni en otro, no me atrevería a servirle, ni estar más aquí, ni lo pretendo, habiéndome faltado y sido tan pública mi pretensión²⁴». Sancho Dávila está harto de pedir tan insistentemente algo que le corresponde por derecho; también se da cuenta de que su insistencia, si no consigue nada, puede resultar ridícula a los cortesanos y que corre el riesgo de ser considerado como un advenedizo más; por eso, este memorial tiene carácter de ultimatum. Pero acostumbrado a la Milicia, sin otro medio de vida, el ejército es su sustento; obedecerá a su Rey y saldrá para Granada.

A través de este diálogo epistolar se puede suponer que al Rey no le era simpático Sancho Dávila, tal vez por pertenecer al equipo del Duque de Alba, caído entonces en desgracia. Es significativo que Felipe II lo quiera alejar de la Corte (como a Alba, que es desterrado a sus posesiones, tomando como pretexto su matrimonio), ofreciéndole lo de Alejandría y que no vuelva a Flandes, cuando vuelvan los tercios. Nos hace también creer esto la empresa de Portugal,

(22) CoDoln, t. XXXI, págs. 160-161.

(23) Vid. CoDoln, t. XXXI, págs. 165 y sis. Contiene el nombramiento completo.

(24) CoDoln, t XXXI, págs. 168-169,

para la cual se llama a Alba y a Sancho Dávila, que vuelve a estar en un primer plano.

Interinamente y mientras llega Dávila, Arévalo de Zuazo se ha hecho cargo de las cosas relativas a la costa de Granada; Zuazo será quien le ponga al corriente de sus nuevos deberes y desde fines de septiembre, Sancho Dávila está al frente de su Capitanía General. Felipe II, en una carta, después de hacer algunas consideraciones sobre los efectivos de dicha costa, le da instrucciones más concretas; le dice «que en cada compañía de caballos haya el número que pareciere y que las de infantería sean de a 200 hombres cada una, y habiendo de estar repartida la gente en muchas parte y puestos, como es forzoso siendo la costa tan larga, la gente que se repartiese de las dichas compañías siendo de cada 200 hombres, podrá tener a cargo los que fueren a parte donde no se hallare el capitán, el alférez della, y los de otra el sargento, y los de otras los cabos de escuadra, procurando que los unos y los otros sean hombres prácticos y cuales conviene para ello²⁵».

Estas instrucciones se completan con otras, dadas en 4 de octubre de 1579²⁶ y que enlazan con otras enviadas a Zuazo, al cual se le dijo que de todas las compañías de caballería de la costa sacase tres de los ciento cincuenta mejores caballos y «las enviase a alojar en Marbella y Estepona, para que de allí pudieren salir a donde se les ordenase». Esta disposición quedó sin cumplir por dificultades que se le plantearon a Zuazo; ahora, se encarga a Sancho Dávila de que «con toda brevedad y diligencia, veáis y reconozcáis el número de gente de a caballo que hay en esa dicha costa, y ordenéis que della se junten las dichas tres compañías en que haya los dichos 150, y aún hasta 200 caballos, y con los capitanes dellas que fuesen más suficientes y de servicio... de manera que no entiendan que han de sacarse del reino, porque no se deshagan y ausenten... sacándolos y mudándolos de unas compañías en otras por esta ocasión, pues acabada, podían, si quisiesen, volver cada uno a su compañía». Don Pedro Gasea de la Vega se haría cargo de estas compañías, que tendrán en torno a los sesenta hombres cada una.

(25) Carta fechada en 19 de septiembre. Vid. CoDoIn, t. XXXI, pág. 170

(26) CoDoIn, t. XXXI págs. 171 y ss. Dejamos para otra ocasión la labor de Sancho Dávila como Capitán General de la costa de Granada, pues en sus cartas hay sugerencias muy interesantes sobre el particular y dignas, por tanto, de interés especial

De Granada a Lisboa

Este movimiento de tropas en la costa de Granada se debía a la precipitación de los acontecimientos en Portugal, reino en el que pronto intervendría nuestro Felipe II con su ejército.

D. Sebastián había muerto en Alcazarquivir y le sucedía en el trono el Cardenal D. Enrique, tío segundo del difunto monarca y ya de edad avanzada. El nuevo rey, caquético y extraordinariamente achacoso, parece ser que pensó en casarse, pero nuestro Felipe II, como todos los aspirantes al trono portugués, se prepara, pues no fía mucho en la sucesión que D. Enrique pueda tener, y envía a Portugal un diplomático muy hábil, D. Cristóbal de Moura, que audazmente, tras algunos tanteos, presenta ante la Cámara de Lisboa los derechos de Felipe II, ya que el Cardenal, tísico y amamantado por una sirvienta, no infundía muchas esperanzas.

El 1 de abril de 1579 se reunían las Cortes portuguesas en Lisboa. Don Juan, por su esposa, la Duquesa de Braganza, y D. Antonio, Prior de Grato se presentaron como pretendientes al trono portugués. Felipe II no lo hizo porque alegó que su derecho era claro y no tenía que ser sujeto a discusión. Además de ellos aspiraban al trono portugués Catalina de Medicis, los Duques de Parma y Saboya, incluso el Papa Gregorio XIII.

El Prior de Crato tenía el inconveniente de ser bastardo; la Duquesa de Braganza, el de ser mujer; Felipe II, en cambio, contaba con casi toda la nobleza, gracias a las gestiones de Moura y al prestigio de su imperio; legalmente era el llamado a suceder a D. Enrique, pues era varón y descendiente legítimo de D. Manuel el Afortunado; Felipe acabará por imponerse; será pieza fundamental D. Cristóbal de Moura. «Las gestiones de Moura darían a Felipe II la corona lusitana. Sus pasos se encaminaron a lograr partidarios para su señor. Dinero y promesas, honores y cargos públicos, todo lo puso en juego para conseguir sus propósitos²⁷». Las gestiones de Moura abarcaron todas las esferas superiores de Portugal; desde los letrados (contaba, por ejemplo, con Lopo Gentil, Enrique Simões, Antonio de Castillo...), hasta los empleados del palacio real (eran del partido filipista, los consejeros íntimos, como Juan de Mascarenhas;

(27) BALLESTEROS BERLITZ, Antonio: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, t. IV 1.ª parte, Madrid, 1950; pág. 383.

Francisco de Sa, camarero mayor; Jorge de Ataíde, Obispo y capellán mayor; Miguel de Maura, el más importante de todos por ser secretario de Estado...).

Don Enrique comunica a todos los pretendientes que en el plazo de dos meses deberían alegar sus derechos y fundamentarlos. Felipe no reconoció la competencia del Cardenal en este aspecto. Tras algunos incidentes provocados por D. Antonio, se reúnen las Cortes Portuguesas en Almeirín y la nobleza con el clero designa al rey español como heredero de Portugal, en oposición al pueblo que prefería a un rey portugués.

Comenzó entonces la labor de D. Antonio, Prior de Grato. Sus manejos y conducta irregular enfurecen al anciano Cardenal, que lo destierra del reino, pero D. Antonio no se inmuta gran cosa por las decisiones de su tío; se aparta un poco y mientras parlamentaba con Felipe II, pedía ayuda a Francia e Inglaterra.

El rey de Portugal se queja al rey castellano de que estuviese preparando soldados en la frontera, se le contesta que Felipe II no quiere derramar sangre, pero que se veía impelido a estas precauciones por los armamentos que el Prior de Crato realizaba y los preparativos que contra él se fraguaban en Lisboa. Poco después, D. Enrique hace pública su decisión por Felipe en el pleito dinástico. Su sobrina, la Duquesa de Braganza, al enfrentarse se enfureció con el anciano; por estas mismas fechas en que D. Antonio es desterrado.

Don Enrique muere el 31 de enero de 1580. Le sustituye en el gobierno Jorge de Almeida, Arzobispo de Lisboa, Francisco de Sa, Mascarenhas, Juan Tello de Meneses y Diego López de Sousa, escogidos como gobernadores en las Cortes de Lisboa. El Obispo de Coimbra y D. Manuel de Melo vienen a Madrid para notificar la muerte del Cardenal a Felipe II y pedirle que no emplee la fuerza, que espere la resolución del juicio de herencia (pues la propuesta de Felipe como sucesor no había sido presentada por D. Enrique). El rey español se había percatado que su designación sería difícil, por la oposición del pueblo portugués, y decide actuar como si fuera el soberano del reino cuyo trono había quedado vacante: el 6 de marzo de 1580 emprende la marcha hacia Guadalupe «de acuerdo con sus embajadores, para estar más cerca en los tratos y además para dar a los portugueses la sensación de su propósito de ocupar el trono que le pertenecía. Y entretanto, para impedir toda violencia, como era su intención, procuró que sus embajadores tentasen de

nuevo a los de Braganza y al Prior, para ver de reducirlos por buenas a sus servicios. Los Duques no pusieron mala cara al soborno, ni se quedaron cortos en sus pretensiones; a D. Antonio le ofrecieron 200.000 ducados en dinero para sus deudas y 100.000 de renta de por vida; pero eran tales sus pretensiones que ponía condiciones inaceptables²⁸». Los Duques, por falta de decisión, no obtuvieron todo lo que hubieran podido.

No obstante estos deseos pacíficos, se presentaron más dificultades y el orden interior de Portugal comienza a alterarse por las predicaciones desconcertantes de algunos religiosos, las incitaciones de algunos nobles, como el Conde de Vimioso, D. Francisco de Portugal, y sobre todo, por la agitación del Prior de Grato. Felipe da un ultimatum que nada resuelve y decide la invasión, pero antes de que el ejército marche sobre Portugal, lo revista en Cantillana, donde se había ido reuniendo bajo los auspicios del Duque de Alba y Sancho Dávila.

Volvamos con el Rayo de la Guerra, ai que habíamos dejado organizando las tres compañías de caballería con ciento cincuenta caballos en la costa de Granada, para saber cómo llegó a Cantillana y cómo se realizó la reunión de este ejército. Sobre este particular dice Almirante: «Sus virreyes [los de Felipe II] de Nápoles y Sicilia aprestaban tercios y galeras, levantando en Toscana y Umbría 4.000 infantes, que mandaría Pedro de Medicis, hermano del gran Duque. A la vez, el coronel conde de Lodrón alistaba 6.000 lansquenetes, que, por Milán, vendrían a embarcarse en Génova. Recorrían el territorio peninsular 72 capitanes para levantar 14.000 infantes, que se organizarían en tres tercios²⁹».

Uno de los hombres que también aprestaban efectivos era Sancho Dávila, que reunió las tres compañías ordenadas por el rey, pero con doscientos caballos, el número mayor que Felipe II le indicara sin muchas esperanzas de lograrlo, por eso se encuentra muy «holgado» con el trabajo de Sancho, según dice en su carta de 24 de octubre de 1579. En otra del 20 del mismo mes había notificado a Dávila que «para algunos efectos convenientes al servicio de Nuestro Señor y nuestro, y bien y defensa destos reinos, habernos acordado de

(28) RETANA. op. cit., págs. 255 y ss.

(29) ALMIRANTE, José: *Bosquejo de la Historia Militar de España hasta fin del siglo XVIII*, Madrid, 1923, t. II; pág. 323.

juntar una gruesa armaba de galeras y naves y otros bajeles en la bahía de la Ciudad de Cádiz y puerto de la de Gibraltar y otros de la costa de Andalucía, con que se ha de hacer cierta empresa y ordenando que se lleven en ella hasta docientos caballos de los que sirven y están a nuestro sueldo en la costa del reino de Granada, y que asimismo se tomen de la ciudad de Jerez otros docientos y de la de Gibraltar hasta treinta o cuarenta, como sabéis ya os hemos escrito, y que junto con esto sirva en la dicha armada cierto número de infantería española, italiana y alemana, que habernos mandado traer de Italia, y recoger y levantar en estos reinos y dado cargo de todo lo susodicho y del efecto que con ello se ha de hacer al marqués de Santa Cruz, nuestro capitán general de las galeras de España... y es necesario que haya quien lleve y tenga a su cargo el gobierno y manejo de la dicha caballería y sea nuestro maestro de campo general de toda la dicha infantería, y señale los sitios y alojamiento de la una y otra gente... por la satisfacción que tenemos de vos y la plática y experiencia que tenéis de semejantes cargos y cosas de guerra... os habernos elegido y nombrado... por el tiempo que fuere nuestra voluntad y entretanto que otra cosa mandamos, seréis nuestro maestre de campo, general de toda la gente de infantería y caballería que llevase y fuese en la dicha armada y se sacase della en tierra³⁰».

La carta es bien significativa, al mostrarnos a Felipe II reuniendo gente de armas para una empresa aún no especificada. También comienza a designar a los hombres que han de capitanear esa gente. Sancho Dávila ha recibido un nuevo cargo. A su lado está el Marqués de Santa Cruz; pronto aparecerá el tercer hombre de la conquista: el Duque de Alba. Es también muy significativa la anotación marginal que hay en la carta anterior de mano de Felipe II y dice: «Ha de ser maestre de campo general de todo el ejército y tener la caballería, y todo esto en tierra, que en la mar no conviene». Al parecer, Felipe II conocía bastante bien los hechos de Sancho Dávila (y entonces no nos explicamos sus dilaciones para premiarlo) y recordaba que en Flandes sus hazañas fueron en tierra y a caballo, mientras que en el mar tuvo ligeros reveses.

Sancho Dávila, en su nuevo cargo y sin dejar el de Capitán General de la Costa de Granada, sigue recibiendo instrucciones: «os

(30) CoDoln, t. XXXI, págs. 176-177 y 173-175,

encargamos que conforme a ello las repartáis, [las doscientas lanzas reunidas para las tres compañías ya dichas] y procuréis con mucho esfuerzo que se armen, encabalguen y pongan en el orden que conviene, y también la demás gente de caballo y de pie de la dicha costa, y que se rehaga el número que ha de haber, y de lo que en todo se fuere haciendo, y en la que estuvieren las dichas tres compañías, nos avisaréis muy en particular³¹». El 15 y el 21 de octubre, Sancho escribió a su Rey notificándole sus progresos y diciéndole las cosas necesarias para equipar perfectamente a estos hombres y cumplir las órdenes reales. Felipe acepta, prácticamente, sus sugerencias y le comunica las órdenes expedidas sobre el particular con el encargo de que las citadas compañías no se muevan de Marbella, Coin y algunos lugares próximos. La correspondencia sigue entre ambos versando sobre estos menesteres: Sancho comunica sus avances y falta de abastecimientos, Felipe dispone y abastece. Por fin, el 22 de febrero de 1580, el nuevo Maestre de Campo General puede comunicar a su rey que el Marqués de Santa Cruz ya sabe están pertrechados por completo los doscientos caballos y sus jinetes.

Ahora nos aparece el tercer hombre de ja conquista de Portugal, el Duque de Alba, que llegará a Llerena, procedente de su destierro en Uceda, para organizar las tropas que allí comenzaban a afluir. El 17 de mayo escribe Sancho a Felipe II notificándole que pasa a Llerena a recibir órdenes directas del Duque de Alba; el rey aprueba esta decisión y deja a Arévalo de Zuazo al cargo de la costa de Granada y los doscientos caballos a D. Pedro Gasca. Felipe estaba ya en Guadalupe.

Al ver que el rey se ha acordado de él, Sancho Dávila vuelve a insistir sobre su recompensa, pero tan inútilmente como en ocasiones anteriores; por eso, escribe a Juan Delgado, secretario real: «Deseo mucho ir a S. M. a ver si es servido hacerme merced en mi particular, y juro a v. m. que desearía que se me rompiese una pierna en el camino para acabar con éste y con todos los demás, pues no han bastado tantos señores y algunos servicios para que se me haya hecho merced en tan poca cosa³²».

Sancho Dávila llega a Llerena a primeros de abril; el Duque se queja ya de la lentitud con que marcha todo y se desespera al no

(31) Carta de 27 de octubre de 1579. CoDoln, t. XXXI, págs. 177-178,

(32) CoDoln, t. XXXI, págs 197 y ss,

encontrar los medios para acelerar la marcha; decide matar el tiempo y contener su impaciencia de alguna forma; pero hombre activo y dinámico, se plantea la campaña con antelación. «Visto la tardanza de Pedro Contreras, y la brevedad que conviene usar en todo, me resolví a juntar al Prior [su hijo D. Fernando] y a Sancho Dávila para tratar por dónde ha de ser la entrada de la conquista. Quedamos de acuerdo; y se queda haciendo el memorial que V. M. lo vea, y mande sobre todo su voluntad, la cual ejecutaré con todas mis fuerzas³³». Esta entrevista se completa con otra de Alba y Santa Cruz para coordinar las fuerzas, y tiene lugar a fines de abril. La primera de estas entrevistas muestra el alto concepto en que se tenía a Sancho Dávila, pues el de Alba le consulta y comisiona para estudiar —como un estado mayor— el plan de la guerra.

Ya están los dos viejos soldados reunidos y planeando juntos, como antes en Flandes, el curso de sus expediciones. La marcha es inminente. Mientras tanto, Sancho Dávila ha escrito una carta, el 8 de abril, en la que dice que ha salido el Sábado Santo de Marbella «por la prisa que el duque» le daba. Alba no olvidaba a su viejo compañero de Flandes y en casi todas sus comunicaciones de estas fechas insiste en la petición de merced para él, especialmente el hábito de Santiago, que Sancho aguardaba desde que servía en las tierras del norte, pero la resolución real sobre el particular no llegaba. Y es una de estas cartas la que nos sirve para ver cuál será el cometido de Sancho Dávila en la nueva campaña; la carta está escrita a Juan Delgado. «Sancho Dávila y yo estamos muy satisfechos del cuidado que V. M. tiene de todas sus cosas. Esta que trae en el tablero, le da tanto cuidado que holgara yo harto fuera de la cabeza, y lo que S. M. manda cerca de sus títulos, conviene mucho el enviármelos, por que él no ha de ir a conducir la gente, sino a señalarles los alojamientos, tenerlos en justicia y hacer todas las otras cosas de su cargo, y hasta que Sancho de Avila tenga su recaudador, y yo le haya dado auditor general [será el Marqués de Auñón] con quien ha de hacer justicia, y ha de estar bajo sus órdenes, no se puede hacer ninguna cosa, y aquí me vienen con tantas quejas y cohechos de soldados que estoy con el mayor tormento del mundo...³⁴» Sancho recibe su título de Maestre de Campo Ge-

(33) CoDoJn. t. XXXI; págs. 50 y s«s.

(34) CoDoIn, t. XXXI, págs. 202-203, Los espacios en blanco son rotos del original

neral el 5 de mayo de 1580, pero no desiste en su petición; agradece el nuevo cargo y sigue pidiendo el hábito de Santiago, pero terminará la campaña y seguirá esperando.

Mientras tanto, el ejército prosigue su concentración con lentitud y creando problemas en las casas que se alojaban los soldados. Dávila pide aumento de sueldo para los doscientos hombres ¡legados de Granada; punto sobre el cuál viene insistiendo desde que empezó a equiparlos y el aumento llega por fin gracias a sus insistentes reclamaciones desde Llerena: además de su sueldo corriente, cada individuo cobrará siete mil maravedises, pero su pago será accidentado, pues el original de la carta se perdió y Sancho habrá de reclamar más de una vez la copia del mismo³⁵. Nuestro hombre también tendrá un sueldo especial; lo sabemos porque aparece en la «Relación de los sueldos que hubo en la jornada de Portugal³⁰», en la cual se dice: «Sancho Dávila, maestro de campo general, demás del salario que tenía por general de la costa de Granada, para él y para los oficiales y alabarderos que había de tener, trescientos sesenta y cuatro escudos al mes».

Mayo pasa con lentitud y en su transcurso se hacen los últimos preparativos de la expedición. Se aproxima el verano, la época idónea para hacer la guerra. A principios de junio todas las fuerzas están reunidas y pertrechadas, cesando la impaciencia del Duque de Alba, el cual puede ofrecer a su rey una gran parada o alarde con todo el ejército; las fuerzas que se proyectaron para el mismo eran numerosas, pero quedaron bastante reducidas³⁷.

(35) Vid. CoDoln, t. XXXI, págs. 206 y 213.

(36) Para ver completa dicha relación: CoDoln, t. XXXII, págs. 30 y ss.

(37) En CoDoln, t. XXXII, págs. 27 y ss. podemos ver las fuerzas que en su totalidad debían reunirse y en la pág. 255, la infantería reunida. Dice Almirante, cuando habla de esta campaña en su op. cit., t. II, pág. 325: «No existían entonces codificados con el nombre de Ordenanzas las principales leyes y reglas militares, y al prepararse una expedición o entrar un ejército en campaña se suplía por medio de bandos o edictos solemnes, pregonados en el campamento. Como ejemplar puede citarse el que ahora se publica en Badajoz el 15 de junio de 1580, que anda impreso en el tomo XIII., pág. 465, de la *Colección de Vallecillo*. Tanto la preparación, orgánica, como la dirección estratégica, como la ejecución táctica de esta notabilísima campaña, merecen profundo estudio y señalan el punto más alto de perfección a que el arte militar llegó en España, y, por consiguiente, en Europa. Dicho queda cómo se preparó y condujo la política, base fundamental de lo que se llama hoy «constitución de una guerra». En ésta, además, para ser completa, jugó el poderoso elemento naval (que nos falló en Flandes)».

El 13 de junio se celebró en la vasta dehesa de Cantillana, cerca de Badajoz, la gran revista o parada, que entonces se decía muestra o reseña. En alta y engalanada tribuna presidía el rey con espléndida corte. «Y habiendo dispuesto con buen orden el ejército por medio de Sancho de Avila, maestro de campo general, en forma de batalla, lucido por armas y vestidos, por divisas, colores y bordados que hacían florido el campo verde y tal lustre el sol que hería en los arneses, que nunca hizo tan vistoso lienzo pintor en Flandes. El duque se mostró el primero tan alentado, que parecía huyó la enfermedad, que le tenía en el día de antes en el lecho, con el sonido de los clarines y estruendo de los atambores, dando nuevo color y vigor a la sangre, fría por el tiempo, aunque el espíritu era gallardo. Holgó mucho de verle el rey, vestido de azul y blanco, colores de sus armas y le mandó subir donde estaba, porque la necesidad hace mirar mejor y estimar los que los príncipes han menester más». Gallardamente desfilaron: 12 compañías de hombres de armas (753 plazas) con 93 de los Continos o guardia personal del rey..., 158 caballos ligeros, 350 arcabuceros a caballo y 327 jinetes de la costa de Granada; unos 1.700 caballos magníficos, acaudillados, como en Flandes, por don Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; destacamentos o fracciones de los Tercios viejos de Nápoles y Lombardía (3.174 plazas), al mando de Mendoza y Sotomayor; siete de nueva creación (13.000), con sus maestros de campo Zapata, Argote, Enriquez, Morino, Miño, Ayala y Valencia; luego los tres italianos de Colona, Spinelli, Caraffa (4.200), a las órdenes de Medicis; los 3.500 tudescos de Lodron, un gran tren de artillería (60 piezas de todas clases), conducido por don Francisco de Mava; 1.300 gastadores, 3.500 carros, 3.000 acémilas y, en fin, una nube de jóvenes y alegres aventureros.

Este pequeño ejército, cuyo efectivo en filas no llegaba a 20.000 hombres, era la mitad cabalmente del que se había proyectado en el papel. Las levadas en la Península no dieron el cupo calculado; los refuerzos de Flandes mal podían venir, y los tudescos, llegados con sobrada anticipación, se habían fundido al calor del clima y de su intemperancia³⁸».

(38) ALMIRANTE, op. cit., t. II; págs. 325-326. Cita demasiado larga, pero de gran valor, pues resume todas las fuerzas que se concentraron en las proximidades de Badajoz. El espacio entrecomillado es a su vez cita de Almirante.

El no venir todas las tropas que esperaban desconcertó a los consejeros reales, entre los que surgió el temor de no ser suficientes las fuerzas de la parada de Cantillana para acometer la empresa portuguesa; se hizo evidente la imprudencia de que Felipe II fuese personalmente al frente del ejército y acaloradas discusiones se suscitaron sobre estos puntos y la estrategia de la penetración. Alba las cortó radicalmente e impuso su autoridad: conocía bien la situación de Portugal y sabía que sus fuerzas eran suficientes para conquistarlo, máxime contando con las galeras de D. Alvaro de Bazán.

El 17 de junio rompen la marcha con destino a Lisboa y el 21 la extrema vanguardia ocupa Villaviciosa sin la menor dificultad. Una carta del Duque de Alba nos da la pista de esta entrada tan rápida, en la cual jugó un papel esencial el Maestre de Campo General y un espía, dice así la carta: «El médico de Elvas, que se llama el doctor Enrique, que guió a Sancho de Avila el negocio de Villaviciosa³⁹». Efectivamente, D. Enrique consiguió que quedara una puerta abierta, por la que entró Sancho. Elvas se rindió sin lucha, pues hubo también tratos; Campoamor, Olivenza y Portalegre tampoco ofrecieron resistencia.

La peste hizo su aparición en el reino invadido y las tropas evitaron algunas poblaciones huyendo del contagio; Evora se rindió estando atacada por el mal; la epidemia dificultaba la penetración de las tropas castellanas. Sancho Dávila se adelanta a Montemor y sabe que de ella han sacado artillería, armas y municiones para conducir las a Setúbal. El Conde de Monterrey, el de Benavente y otros entran por Galicia. Alba sigue su avance hacia Setúbal por Feiteira, Alcocer do Sal (de la que se temía resistencia, pero sus puertas se abrieron tan pronto se marcharon los partidarios de D. Antonio), Arrendondo, Pavía, Colneda, Alandeira y Landeira, Setúbal estaba próxima. Sancho Dávila con el Prior y con D. Pedro de Medicis se adelantan para «reconocer el alojamiento y... llegar al hacer el día a Setúbal», pues el Duque piensa salir de Landeira y alojarse a «una legua de aquí ribera del río Mura⁴⁰».

(39) CoDoln, t. XXXII, pág. 186; en esa carta se envía al doctor a otro punto para que continúe con su actividad de espía a favor de los invasores castellanos.

(40) CoDoln, t. XXXII; págs. 207 y ss. Todos los entrecomillados siguientes que no tengan nota, pertenecen a esta carta.

Siguiendo las órdenes del Duque, Sancho y D. Fernando se aproximan a la fortificada Setúbal con seis estandartes de hombres de armas y las compañías de continos de D. Alvaro de Lema; tras ellos envió Alba las compañías de D. Pedro de Medicis y luego los tercios de Nápoles, Sicilia y Lombardia y después a don Gabriel Niño con el resto del ejército. Don Fernando Alvarez de Toledo saldría a las tres de la mañana del día siguiente. Su hijo marchaba en la vanguardia para ver si «el camino estaba seguro»; no hubo ningún impedimento. Dejan a la derecha el castillo y villa de Palmera, donde don Antonio tenía una pequeña guarnición, y al amanecer, como su padre les indicara, están a la vista de Setúbal. Sancho y el Prior envían algunos hombres para que hagan una descubierta y cojan prisioneros; ocho portugueses fueron capturados, los cuales comunicaron al estado de la plaza y que sus efectivos eran de dos mil a dos mil quinientos hombres. Poco más tarde llegaba el grueso del ejército: «El día que llegamos sobre Setúbal, que fue a los 18 deste por la mañana, el duque vino en vanguardia y yo en batalla con la artillería; reconoció con el prior y Sancho Dávila y otros cabos deste ejército la disposición de la tierra⁴¹».

El Prior D. Fernando, tomadas unas casas que podían entorpecer el asalto, envió a la ciudad un trompeta notificando la llegada del Duque de Alba, enviado por Felipe II para «tomar posesión del reino que Dios le había dado y tocaba legítimamente de derecho y justicia», por lo que les pedía obediencia. Mientras tanto, Sancho Dávila distribuía a las tropas, «estaba haciendo el alojamiento». La ciudad envía parlamentarios pidiendo tiempo para deliberar la proposición del trompeta; tientan la suerte pidiendo la salida de los soldados con sus armas y la ciudad se entregaría; pero inútilmente, pues Alba dice que de la ciudad no saldría ni un cuchillo; ante esto, el 18 por la noche los defensores intenta escapar, pero fueron sorprendidos y sufrieron un descalabro, si bien algunos consiguen su propósito; los arrabales de la ciudad son saqueados como consecuencia, el Prior con la caballería impidió que el saqueo se extendiese y Alba, para evitar en el futuro el pillaje, sentencia a muerte a dos oficiales y varios soldados italianos: las órdenes de Felipe II eran claras en

(41) Carta de D. Francés de Alava, jefe de la artillería, a Zavas en 25 de julio de 1580. Vid. CoDoIn, t. XXXII, pág. 296.

este sentido, no quería saqueos porque Portugal era uno de sus reinos.

Después de esta frustrada salida, llegan cuatro naves con quinientos infantes de D. Antonio y se atrincheran en la torre de la barra del puerto, donde se habían parapetado también los que embarcaron la noche anterior. Este refuerzo en nada cambia la situación y la ciudad se entrega sin lucha al día siguiente. Así considera la acción el Prior en una carta a Zayas: «Esta empresa ha sido tan importante por ser el lugar y puerto la llave de este reino, que no se puede esperar sino que todo lo restante ha de caer muy brevemente, y que se ha de conseguir el fruto que merece la santa y prudentísima intención de S. M. sin venir a los rigores de que este negocio ha dado muestras⁴²». En el castillo de Setúbal encontraron un botín bastante cuantioso. Don Antonio se proclamaba rey de Portugal en Santaren mientras estos hechos ocurrían y corre a preparar la defensa de Lisboa.

El Duque de Alba, que ya ha tomado contacto con el Marqués de Santa Cruz, el cual llega también a Setúbal, concibe un plan arriesgadísimo para tomar Lisboa y decide ver si es viable. Cita a Sancho Dávila, a su hijo, a D. Alvaro de Bazán, a D. Antonio de Castro y otros a una reunión, en la cual unos pilotos les informan sobre las características de la ría de Lisboa, pues piensa meter por ella a la escuadra. Conocidos estos pormenores y resuelto a llevar a la práctica su proyecto, embarca a sus hombres y los traslada a las playas de Cascaes; antes de embarcar para Lisboa, Sancho Dávila y el Prior, inseparables en esta campaña, van a Coona a recoger vituallas en unos hornos guardados por negros. La finalidad del desembarco en Cascaes era sorprender Lisboa que esperaba un ataque de frente, lo cual hubiera dificultado mucho a los castellanos en su toma, ya que las avenidas a la misma estaban cubiertas por la artillería de la plaza.

También será el Rayo de la Guerra el primero en desembarcar en las playas de Cascaes, a las que arribaron tras largas incidencias impuestas por el temporal; el Duque fue quien determinó la organización del desembarco⁴³: «Primeramente, han de saltar en tierra con Sancho de Avila, maestre de campo general, mil y quinientas picas

(42) Dicha carta de 19 de julio de 1580 iba acompañada de una relación completa de la toma de Setúbal. Vid. CoDoln, t. XXXI, págs. 207 y ss.

(43) Orden completa de desembarco, vid CoDoln t. XXXII, págs. 735 y ss.

de infantería alemana». Era ya el 30 de julio. Don Diego Meneses destacó fuerzas a la Marina Vieja para impedir el desembarco, pero la acometida castellana fue tal que los arrollaron y penetraron en la plaza a la primera acometida. Meneses, con los soldados, se refugió en el castillo y no aceptó la propuesta de rendición que Alba le ofreció, aprestándose a la defensa con sus seis mil hombres: inútilmente, el castillo fue tomado. Meneses ejecutado con algunos otros y los soldados restantes condenados a galeras⁴⁴.

El 6 de agosto, el Duque de Alba está aún en Cascaes por achaques de su enfermedad, pero Sancho Dávila y D. Fernando han salido ya para Lisboa para reconocer «el alojamiento» y preparar la marcha del ejército, en el que se notan algunos desórdenes. Se asientan en San Julián y allí tienen una escaramuza con tropas de Lisboa que resuelve Sancho Dávila, cogiendo prisioneros. «Ayer vinieron hasta trescientos caballos a tocarnos armas con los ginetes (sic) y hasta ciento cincuenta continos, y los caballeros que están aquí. Salió Sancho de Avila, y matáronles cuatro o cinco, y volvieron otros muchos heridos, huyendo el que más podía; no llegó arcabucería ninguna allá». Iban los atacantes lujosamente vestidos y entre los prisioneros estaba D. Antonio Pereira y los dos servidores moros de D. Antonio, el cual tenía, según informes dados por los que venían de Lisboa, seis mil infantes y quinientos caballos, de los cuales cuatrocientos son «yeguas con cabestrillo» y la infantería estaba muy mal dotada⁴⁵. Hacia la mitad de agosto cayó Belem. Sólo faltaban unos días para la batalla de Alcántara, golpe definitivo que entregó a Felipe el reino de Portugal; tuvo lugar el combate el día 25 de agosto de 1580, aleccionando Alba el día anterior a todo su ejército con una orden muy minuciosa para que cada uno supiera cuál sería su cometido al día siguiente. El Duque había reconocido con su estado mayor el escenario en que se daría la batalla, su mirada perspicaz recorrió los más mínimos accidentes y dispuso a sus hombres con el acierto de siempre. La artillería prepararía con su fuego el paso del puente, que Próspero de Colonna atacaría de frente, y Sancho Dávila, con dos mil arcabuceros escogidos vadearía el río más abajo para coger de flanco al enemigo, a fin de que lo desmantelase por completo D. Fer-

(45) CABRERA DE CORDOBA habla sobre estos asuntos en su obra *Felipe II rey de España*, Madrid, 1877. Concretamente sobre Meneses en t. IV, pág. 481.

(45) CoDoln, t. XXXII, pág. 381-382.

nando con su caballería. Así resultó. El Duque de Alba, sentado en su silla, movería tranquilamente a sus hombres, como si jugase una partida de ajedrez en un tablero gigante.

El mismo día de la victoria, D. Fernando Alvarez de Toledo se la notifica a Felipe II en una carta, en la cual recomendaba a los destacados en la acción. Dice que quería esperar a la flota, que no había llegado por no tener tiempo favorable, pero no pudo aguardarla porque Próspero de Colonna y el Conde don Gerónimo acometieron con su gente por la parte que les correspondía con otros coroneles; «pasó el puente su arcabucería y comenzó la fiesta», por su parte Sancho Dávila atacó con sus siete mangas de arcabucería «y dióse tan buena maña con ellos, que ganando todas las trincheras, donde los enemigos estaban hecho fuertes, les hizo volver las espaldas, y fue ejecutándolos, y yendo ejecutados y echados de las playas por Sancho de Avila, que cierto, señor, cuando él no hubiese servido a V. M. jamás, sino lo que hoy ha hecho, merecería muy bien toda la merced que yo sé V. M. le hará; y en esto yo no quiero tratar más por ser parte, pero dejaré que diga todo el ejército lo que hoy le ha visto hacer⁴⁰. Esta carta nos muestra de nuevo al Sancho Dávila de Flandes: rapidez en la acción y pieza fundamental del triunfo. También es exponente de la gran amistad que le unía al Duque; no podía ser menos, pues juntos habían corrido muchos peligros. La merced de S. M., para no variar, no llega. El Prior de Grato huye. La ciudad se entrega y no es saqueada. La conquista de Portugal casi ha terminado, lo que queda corre por cuenta de Dávila que saldrá en persecución de D. Antonio.

La epidemia de peste no había cesado y ahora se desata una nueva; una gripe bastante dañina que causó al ejército tantas bajas como la peste, aunque dura poco; atacaba, al parecer, gravemente el sistema respiratorio, Sancho Dávila se vio libre de ella pero no así el Duque de Alba que cayó enfermo. Por las mismas fechas caía enfermo también Felipe II, cuando preparaba su entrada en Portugal, lo que no impidió fuese jurado en Lisboa el día 11 de septiembre. Al mes siguiente, el 26 de octubre, moría en Badajoz su cuarta esposa Ana de Austria, que contaba treinta y un años de edad.

El tiempo que las tropas están detenidas ante Lisboa por la epide-

(46) CoDoIn, t. XXXII, págs. 455-459. Siguen los pormenores de la batalla y los personajes que en ella destacaron.

mia y la enfermedad de su general, lo aprovecha el de Grato para soliviantar el norte del país, cuyas ciudades lo reconocen como rey, mientras él aparece y desaparece, esquivando las pesquisas que los conquistadores hacen para Capturarlo.

Sancho Dávila permanece en Lisboa todo septiembre. El día 2 comunica a Delgado los éxitos de la conquista y sigue esperando su recompensa; «parece sería conveniente que se mandase despedir a los que no servimos y hacemos costa, particularmente a los doscientos caballos que vinieron de la costa, que aquí no sirven y allá podrían ser menester. No digo esto más de por acordarlos en mis negocios, bien que si S. M. se ha de acordar de mí para hacerme alguna merced, ha de ser por mano de v. m. y que ha de ser por su rexpeto (sic), pues me la hace en tenerlos tan a su cargo⁴⁷». Sancho ya es viejo, tiene 57 años; faltan tres para su muerte; cualquier ocasión le parece buena para reclamar lo tantas veces solicitado en recompensa de sus servicios; su estado de ánimo cambia y estos cambios se reflejan en sus cartas; la desesperanza le hará escribir con amargura; la esperanza, con alegría, como si la recompensa je fuese a llegar al día siguiente; a veces se enfurece y sus cartas no son todo lo correctas que debieran; tienta todos los caminos: escribir al rey directamente, buscarse valedores que intercedan por él, que otros escriban a Felipe pidiendo recompensas para sus servicios... El resultado es siempre el mismo: la merced no llega; hay que seguir esperando.

El Duque de Alba vive también el angustioso estado de ánimo de su amigo; escribe a Delgado sobre el particular y el Secretario lo notifica al rey: «El duque dice que ninguna manera se atreverá a scribir a Sancho Dávila que venga a lo que V. M. manda, porque no le obedecerá, ni aunque V. M. se lo scriba, pues no se le ha hecho merced, y así está muy fuerte en esto⁴⁸». Sancho Dávila, por su parte, escribe al monarca en un tono bastante airado para un capitán que escribe a su rey; le dice que lleva treinta y ocho años de soldado y realizados servicios notorios, aunque merece recompensa sólo por los hechos de Portugal; suplica humildemente que se le haga merced, «más por la razón de haberme V. M. tanto honrado y acrescen-

(47) Carta fechada en 2 de septiembre de 1580. CoDoIn, t. XXXI, págs. 214-215.

(48) CoDoIn, t. XXXI, pág. 216.

tado con cargos, levantándome de un pobre soldado a darme en la guerra tan buen lugar... y así por estas obligaciones nunca se ha cansado mi voluntad de desear emplear lo que me queda de la vida en todas las ocasiones que fuere bueno y me mandare servir, como siempre lo he hecho, sin pensar otra cosa sino a la honra, y a ello y no a intereses, si no fuere por la mano y merced de V. M. de que entendiase la verdad, sé cierto quedaría V. M. muy satisfecho, y yo sería muy honrado y acrecentado, y no se habría dado lugar a las indicaciones y a otras cosas, y esto bien entiendo que V. M. no lo ha podido rehusar, porque yo no tengo tantos amigos donde puedan informar, y sospecha que he tenido y tengo de algunos apasionados para hacerme los oficios, aunque yo no sé razón que tengan si no es la culpa de sus hermanos y deudos, en que yo me habré mostrado por el servicio de V. M. y no particular ninguno mío, y así espero en la gran clemencia de V. M. y grandeza, si no me muero, rescibir muchas mercedes y honras por su mano, y yo serviré en lo que se ofreciere y se me mandare, aunque tengo ya pasado lo mejor de mi vida sin tener hacienda ni otra cosa en propiedad, sino es los dos mil florines que V. M. me hizo merced cuando la batalla de Moque [Moock, en Flandes], que aún hasta ahora no se me han consignado, y deseo por memoria de haber servido a V. M. en este tiempo, dejarla de alguna memoria y propiedad en este reino»; cita a continuación varias haciendas que quedan vacantes y añade que alguna de ellas puede ser para él⁴⁹.

La impresión que la carta, escrita en un tono semejante, causa al rey más poderoso del mundo, es fácil de imaginar. La osadía de Sancho Dávila sólo se explica como un último recurso para conseguir lo tantas veces pospuesto. Felipe encaja el golpe y son significativos estos comentarios que hace a Delgado: «Y es bueno que hoy he recibido la carta que va aquí de Sancho Dávila; no debe saber lo que he ofrecido a los deste reino, y en esto habremos de pensar más lo que será bien, que en más que en la persona consiste en el negocio⁵⁰», y en otro papel le dice: «...y entonces me hablaréis en esto y lo demás que aquí decís, y también en lo de Sancho de Avila, que no me contenta mucho su papel...⁵¹». Pero Felipe sigue sin resolver

(49) CoDoIn, t. XXXI, pags. 217-218. Consulta que hace Delgado a Felipe II en 9 de Septiembre de 1580, en la cual se contiene esta carta de Sancho,

(50) CoDoIn, t. XXXI, pág. 216.

(51) CoDoIn, t XXXI, pág. 219.

nada sobre el particular. Sancho Dávila, soldado viejo, no es capaz de abandonar la milicia; Felipe, por otra parte, no lo dejaría, pues aún lo necesita para que acabe de solucionar las últimas dificultades en este asunto de Portugal. Por ello, Sancho Dávila seguirá sirviendo a su rey.

Este le escribe el 8 de octubre desde Badajoz: «Mucho contentamiento he tenido de la elección que el Duque de Alba hizo de vuestra persona para la empresa que lleváis entre manos, porque estoy muy confiado que (mediante vuestra industria y buena inteligencia) ha de tener el buen suceso que han tenido todas las otras que se os han encargado; y porque yo escribo al Duque lo que en respecto della se me ofresce, os encargo y mando que vos hagáis y cumpláis puntualmente lo que él os ordenare, que de aquéllo seré yo muy servido⁵²».

Esta empresa que ahora lleva entre manos Sancho Dávila, no es otra que la de perseguir a D. Antonio, Prior de Grato, que apareció al fin soliviantando los pueblos de la zona de Aveiro y Oporto.

Sale, pues, Sancho Dávila a los alcances de D. Antonio con cuatro mil infantes y cuatrocientos caballos; para reforzarle viene detrás suya D. Diego de Córdoba con mil quinientos. Mientras tanto, el Prior de Crato había pensado fortificarse en Coimbra, bien guardada por el Mondego; entró en Aveiro y la saqueó por haber reconocido a Felipe II; después, recorre la comarca reclutando gente. Sancho se presenta ante Coimbra, pero la resistencia que se esperaba no se produce, pues la ciudad reconoció rápidamente a Felipe como rey de Portugal e igual hizo Aveiro, cuando fue abandonada por D. Antonio y presentarse Dávila ante ella. Los pueblos cercanos aceptaron esta norma de conducta y sin dificultades reconocieron como soberano al rey de Castilla. Don Antonio entró en Oporto y castigó a los partidarios de Felipe, muchos de los cuales huyeron, como Pantaleón de Saa, a quien Felipe II ordena luego vaya en ayuda de Sancho. Aconseja también el monarca a su capitán castellano acoja bien al portugués. Sancho se proponía dar la batalla final a D. Antonio y se dirige sobre Oporto.

«Detrás de él [D. Antonio] llegó el capitán español. Temerario parecía, por parte de éste aventurarse con cuatro mil hombres a atacar al Prior, que tenía fuerzas muy superiores en número, estaba de-

(52) CoDoln, t, XXXI, pág. 220,

trás de las defensas de la plaza, con toda la gran ciudad en armas en su favor, el río por medio, de gran anchura y profundidad, sin naves para vadearlo, ni aparatos de asalto, ni artillería alguna; y, sin embargo, el audaz caudillo, con resolución, determinó dar el ataque⁵³». Estos no eran obstáculos para él. Sancho Dávila cruzará el río valiéndose de una estratagema y tomará la ciudad, pero el Prior se escapa y tras permanecer oculto un tiempo en Portugal pasará a Francia.

Aquí dejamos, por el momento, a Sancho Dávila; en otras páginas veremos las incidencias de la conquista de Oporto y la persecución del más encarnizado rival de Felipe II en la aspiración al trono portugués. También veremos las demás vicisitudes de su vida hasta su muerte, acaecida en 1583 en Lisboa, como consecuencia de una coz de caballo.

Pero antes de cerrar estas páginas queremos indicar que la resistencia de Felipe II a conceder un premio a Sancho Dávila, como recompensa, no tendría su origen exclusivo en la antipatía que, posiblemente, el monarca sintiera por nuestro hombre, tan vinculado al grupo de Alba, sino que jugaría un papel esencial la caótica situación de la economía española por estas fechas. La bancarrota se inicia ya cuando la agitación sacudía Flandes; ahora, en 1580, Felipe II tenía muy poco que ofrecer a sus capitanes y servidores; su economía era lamentable, como nos muestran, entre otras, las páginas de Braudel, Hamilton y Felipe Ruiz.

(53) RETAMA, op. cit. pág. 280.